

***Domingo II – ciclo C-***

**Textos:** Génesis 15,5-12.17-18; Salmo 26; Filipenses 3, 17-4,1; Lucas 9, 28b-36

*Cuaresma* es la invitación constante a salir “fuera” de todo ese mundo egocéntrico que nos hemos construido a lo largo del tiempo, para poder ver con claridad el inmenso horizonte de posibilidades que se abre ante nosotros/as; posibilidades que solo podemos explorar a medida que nos liberamos de condicionamientos, prejuicios y comodidades adquiridas y supuestamente válidas para nuestro proyecto de vida. Pero, nada que nos impida avanzar y conocer la profundidad y la altura de nuestra condición de seres llamados a vivir la trascendencia, a ser gente “transfigurada” puede ser algo de valor sino todo lo contrario, es algo empobrecedor y esclavizante. Si reusamos *“subir a la montaña”* por el esfuerzo que supone y por afirmarnos en posturas de falso poder y seguridad, no llegaremos a conocer la fuerza espiritual de la transfiguración, no llegaremos a vivir la Cuaresma, pero tampoco la Pascua…

* ***“Dios sacó afuera a Abrahán…”***

Dios, al llamarnos como a Abrahán, nos coloca, mejor sería decir que nos “descoloca”, y nos pone ante una perspectiva inesperada y totalmente nueva. Esa nueva situación requiere un cambio radical en nosotros/as, y un desapego absoluto de nuestros antiguos intereses. En este texto nos encontramos, una vez más, ante un Dios que se acerca para entablar un diálogo que profundiza el conocimiento mutuo entre él y nosotros/as, y culmina en una entrega que es, de parte de Dios, alianza irrompible, aunque no siempre tiene estas connotaciones de fidelidad de parte nuestra. De hecho, el relato es revelador en este sentido: el Señor pide a *Abrahán*: figura del ser humano que peregrina, que cruza el desierto cargando con toda su historia y toda su existencia…, que prepare todo lo necesario para sellar *un pacto* de colaboración y de entrega mutua: los animales, la leña, el altar, la forma en que han de ser dispuestos los animales para el sacrificio, son el símbolo de aquello que le ocurrirá al que incumpla el pacto y los términos en los que se ha acordado dicho pacto o alianza: *“los trajo y los cortó por medio”*. Abrahán se entrega a la tarea con empeño, pero termina agotado y, además, aterrorizado…

La incertidumbre nos pasa factura, las empresas que sabemos superiores a nuestras fuerzas nos asustan, nos dejan sin ánimo para afrontar la realidad y sus consecuencias; de alguna manera, la somnolencia es una salida a la tensión... Pero, lo más impactante de la narración es el final: queda claro que el único que realiza el rito y firma el pacto, el único que se compromete a cumplirlo hasta el fin es Dios; a Abrahán, figura del hombre adormilado ante el misterio, se le ofrece la promesa de manera absolutamente gratuita*: “A tus descendientes les daré esta tierra…”*. Así es Dios. Él nos acompaña a lo largo de nuestra historia personal y comunitaria, nos saca de la rutina y del vacío, nos hace contemplar el horizonte abierto, y sella una alianza de amistad en la que el mayor y casi único comprometido es él… ¡Merece la pena despertar, sacudirnos el miedo y caminar abiertamente con Dios, por el desierto de la vida!

* ***“Seguir mi ejemplo y fijaos en los que andan según el modelo...”***

Pablo está tan seguro de la obra de conversión que Dios ha llevado a cabo en su vida y en la vida de todos aquellos y aquellas que se dejan llevar por Cristo, que no duda en ponerse y ponerlos como ejemplo y modelo de vida cristina. Al apóstol le preocupa que se tergiverse el mensaje del evangelio y que se llame “seguidores de Jesucristo” a quienes son un escándalo y una vergüenza para la Comunidad. Pueden cambiar las circunstancias, pero el fondo es el mismo: muchos que se hacen llamar cristianos lo son por interés deshonesto, ambicionando cosas terrenas que no corresponden a los valores ni al programa de vida del *reino de Dios* proclamado por Jesús, y ratificado fielmente por él hasta su muerte en la cruz. Solo nos resta saber permanecer en la *nueva* condición divina alcanzada por Jesucristo para nosotros/as, siendo testigos veraces del Evangelio ante el mundo. *La situación social, política y económica de nuestro país (España), y en general del mundo entero, es tan radicalmente opuesta al Evangelio que se necesitan con urgencia testigos de Jesucristo y modelos de su evangelio…* Es necesario estar en ello y permanecer unidos/as, mucho más ante la persecución que viven muchas comunidades enraizadas en las comunidades primitivas de la Iglesia. Cada uno de sus miembros son “alegría y corona” de nuestra fe. Con san Pablo les decimos: *“… manteneos así, en el Señor, queridos/as”.*

* ***“Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña para orar…”.***

Se los llevó… ¡***eligiéndolos***! Jesús hace partícipes de su experiencia orante a quien quiere y cuando quiere… Y eso quiere decir que podemos estar entre los “elegidos”. Es más, ¡seguro estamos entre ellos/as! Pero sabemos lo que significa que Jesús tenga cierta predilección por alguno o alguna de sus seguidores: *mayor* compromiso en la entrega, *mayor* exigencia en el servicio, *mayor* fidelidad y coherencia de vida…; cosa que para muchos/as, como le sucede a Pedro, implicará mayor conciencia de su pecado, de su falta de testimonio, de su cobardía. Lo que Jesús demuestra al elegirnos con todo y nuestra miseria, es que es verdaderamente *“el rostro de la misericordia del Padre”*: siendo personas insignificantes, nos saca de nuestras comodidades y nos eleva, nos “lleva al monte” para hacernos vivir la experiencia del poder divino de la oración, como ***lugar de transfiguración.***

Jesús no se reserva nada, como tampoco quiere que nos reservemos nada de lo vivido en el encuentro con él. Las manifestaciones de gloria pueden durar apenas un instante, las situaciones de lucha y de sufrimiento, sin embargo, pueden alargarse a lo largo de toda nuestra existencia, pero la Presencia es permanente y fiel: Jesús camina a nuestro lado, si no con sus *ropas resplandecientes*, sí con sus signos de crucifixión y de muerte salvadora: él será siempre el *“Hijo amado, el escogido”,* aquél al que debemos escuchar y seguir. Pedro y sus compañeros guardaron silencio acerca de lo vivido porque, ¿cómo “hablar” del misterio, de lo que Dios hace con nosotros/as en la intimidad…? Pero, el tiempo de silencio ya pasó; con la muerte y, sobre todo, con la resurrección de Jesús, el Cristo, comienza para la Iglesia el tiempo de la profecía y del testimonio: somos misioneros y misioneras de la misericordia divina y tenemos que gritarlo con todas nuestras fuerzas, en todo momento y en toda circunstancia, ¡porque somos de Dios, transformadas en él!

***Trinidad León M., mc***